

las especies. Aquí solo diré, ó mas bien preguntaré: ¿No es una prueba de la inteligencia de estas excelentes aves el hecho de que un loro moje un terron de azúcar en su vaso de agua, por haber llegado á comprender que en ella se ablandan las golosinas duras? ¿No se creará en esta prueba al observar su admiración cuando nota que la golosina se disuelve en el agua y desaparece, y al ver que nunca le vuelve á suceder lo mismo, mientras que jamás deja de mojar el pan? Con razon se repiten las palabras de Scheitlin, que llama al perro un *animal humano*; pero con la misma merecen los loros el calificativo de *aves humanas*. El cariño con que alegran y recompensan á su amo, el conocimiento con que se acomodan á los deseos del hombre, sus esfuerzos para tratar con él, todo esto lo posee el loro en tan alto, y quizás en mayor grado que el perro, pues el ave ocupa un lugar mucho mas inferior que este en la clasificación de los animales. Estoy del todo conforme con las palabras de V. Una diversidad tan grande como la observada en el carácter y en las facultades del loro no debe desconocerse.»

Era de esperar que un animal tan bien dotado sacase el mejor partido posible de sus órganos. Se ha querido anteponer otras aves á los loros, porque no eran tan rápidos, por ejemplo, en sus movimientos: cierto que no vuelan tan bien como el halcon, ni trepan con la agilidad del pico, ni corren con la ligereza de la gallina, y que no nadan con el aplomo del cisne, pero ¿no podría decirse otro tanto del hombre? Los loros, sin embargo, son muy ágiles; las grandes especies vuelan pesadamente, al parecer, si bien con rapidez; las pequeñas sobresalen en este ejercicio; esto me consoló casi de la pérdida de una pequeña cotorra (*Melopsitacus undulatus*) que huyó con raudo vuelo de la jaula donde yo la tenia. Cortaba el aire como un halcon, y moviase cual una golondrina. «Los aras, dice el príncipe de Wied, vuelan con lentitud, y baten vigorosamente el aire con sus alas, llevando la cola horizontal; los *maracanas* y los *periquitos* vuelan con mas rapidez y atraviesan el aire como una flecha; el vuelo de los loros propiamente dichos es bastante tarde, dando aletazos repetidos con sus cortas alas para mover su pesado cuerpo.»

A muchos loros parece extrañarles el suelo, y saltan mas bien que andan; pero hay especies terrestres cuyos individuos corren con tanta rapidez como una zancuda. El nimfio de Australia puede compararse con una becada por su modo de andar; Gould habla de un platicerco que corria como un ave fría. Si es dificultoso para los loros saltar de rama en rama, no por esto se mueven menos rápidamente en los árboles, revoloteando ó brincando; la única diferencia que existe entre ellos y las demás aves, es que estas solo se sirven de sus patas, mientras que aquellos se valen al propio tiempo de su pico.

Saben utilizar sus miembros mejor que las demás aves: las patas les sirven de manos; su pico es mas movable que el de cualquiera otra especie; ninguna lo maneja tan bien, siendo las únicas aves que se valen de él para trepar.

Su voz es fuerte y chillona, aunque no del todo desagradable, distinguiéndose por su flexibilidad y expresion.

Cuando las grandes especies viven reunidas en bandadas dejando oír todas á la vez sus gritos, no son nada agradables para el hombre. «Es preciso haber vivido en los cálidos valles de los Andes para comprender cómo los gritos de los aras pueden dominar por completo el mugido de los torrentes que se precipitan de roca en roca.» También los cacatúas se hacen notar por sus terribles gritos; los de una numerosa bandada de paleornidos son verdaderamente infernales; el ruido que produce un grupo de sitáculos podría compararse con el que hacen los herreros cuando forjan hoces. Algunas especies emiten una especie de ladridos;

otras silban; estas gruñen, y aquellas producen sonidos semejantes á la voz de la rana.

Hay ciertas especies, como por ejemplo la pequeña cotorra ondulada, cuyo macho al enamorar á su compañera entona un canto tan agradable, que se le podría clasificar entre las aves cantoras; otras hay que aprenden á silbar ciertos aires mejor que pudiera hacerlo un canario.

Todo el mundo sabe cómo los loros llegan á imitar la voz y la palabra humanas; aventajan por ello á todos los demás animales, y hacen en este concepto cosas increíbles: no charlan, sino que hablan.

Fácilmente se comprenderá que no quiero decir con esto que los loros entienden la significación de las palabras repetidas por ellos, ó de las que puedan inventar y componer; solo pretendo que saben emplear oportunamente las palabras que se les enseñan; que, por ejemplo, cuando se les ha enseñado bien, dicen por la mañana buenos dias y no buenas noches. Fórmanse por consiguiente una idea de las palabras y frases aprendidas, reteniendo en la memoria la ocasion y la hora del dia en que se las enseñaron, y empleando las mismas palabras ó frases en iguales ocasiones.

Precisamente del mismo modo procede un niño cuando aprende á hablar; pero este comprende con el tiempo toda la significación de la palabra; mientras que esto no lo conseguirá nunca el loro.

Algunos aficionados á pájaros, que durante muchos años han cuidado loros, están completamente conformes conmigo en cuanto á lo anteriormente expuesto. «No siempre el hablar de los loros, dice Linden, es solo una imitación de palabras, sino tambien con frecuencia la expresion de un deseo ó de la gratitud por un favor recibido; muchas veces hay cierta ternura en la pronunciacion de palabras ó frases enteras que se acompañan con los gestos correspondientes. El que por espacio de algunos años ha tenido á su lado loros y ha recibido pruebas del apego y cariño de alguno de ellos, creará sin dificultad que á menudo he sentido tanto la pérdida de uno ú otro de esos animales, como si hubiese muerto un amigo mio. Los loros, que en su mayor parte son juguetones, pueden contribuir mucho á entretenernos. Nadie negará que el hablar acrecienta mucho la familiaridad entre el loro y su amo; en efecto, esta facultad les hace muy superiores, al menos á mis ojos, á los monos.

»Casi todas las especies del orden tienen la facultad de hablar ó imitar las voces de otras aves, y hasta el canto, que ejecutan con tanta maestría como los mejores cantores; pero tambien emiten sonidos que hieren aun á los nervios mas fuertes. Estoy convencido de que esta facultad de imitar es propia así de las especies grandes como de las pequeñas; mas tambien sé que no todos los individuos de la misma especie están igualmente dotados. En casa de mi amigo Stoelker vi un loro de frente dorada que hablaba muy bien; y hace ya mas de veinte años que tenia yo un melopsitaco ondulado en compañía de canarios y espinidos que imitaba con facilidad el canto de estos del modo mas perfecto. Tambien poseí una rosella que imitaba magníficamente el canto del mirlo y actualmente conservo un melopsitaco que canta volando como una alondra.

»No es posible dar una enseñanza regular á mis loros y tampoco me gusta enseñarles palabras sin darles antes ocasion para formarse una idea de lo que significan. Con el largo tiempo que paso diariamente con mis favoritos, se acostumbran estos á mí y me cobran cariño; en ese trato familiar hay naturalmente preguntas y contestaciones, y estas últimas me prueban que los loros hablan á menudo con pleno conocimiento de lo que dicen.»

Por lo regular se desliza la existencia de los loros en los

bosques, si bien algunas especies viven en las llanuras desprovistas de árboles y en las estepas; otras se elevan en los Andes mas allá del límite de los árboles, á 3,600 metros sobre el nivel del mar. He observado que en el nordeste de Africa no se veían sino donde habia monos; de modo que casi se podría considerar á estos animales como inseparables. Cuanto mayores son los bosques y mas rica la vegetacion, mas abundan los loros. «En las selvas de los trópicos, dice el príncipe de Wied, forman la mayor parte de la poblacion alada.» Lo mismo sucede en Australia, en varios países de la India y en ciertas partes de Africa, donde son tan comunes como entre nosotros los cuervos y los gorriones.

Donde quiera que habiten llaman la atencion, embellecen los bosques con su plumaje y los animan con sus gritos. «Los loros, dice el príncipe de Wied, engalanan con sus plumas de brillantes colores las sombrías selvas vírgenes de los trópicos.»—«Es imposible describir, dice Gould, el mágico espectáculo que ofrecen los loros de rojo plumaje, volando en medio de las acacias de plateadas hojas de la Australia, sobre las cuales se destacan los magníficos colores de las pintadas aves.»—«Los cacatúas, exclama Mitchell entusiasmado, transforman las alturas donde habitan en un país de delicias.»—«Yo los he visto, dice Audubon, cubriendo completamente las ramas de los árboles, tan compactos y oprimidos como si fueran un solo animal.»—«Por mañana y tarde, cuenta Schomburgk, se divisan innumerables bandadas de loros que cruzan los aires atronando el espacio con sus gritos: cierta tarde vi á una caer sobre los árboles de la ribera, y las ramas se doblegaban bajo el peso de aquellas aves.» ¿Qué serian sin ellos los grandiosos bosques de los trópicos? Nada.... el triste jardín de un encantador, el dominio del silencio, el desierto; ellos animan la soledad, le dan vida, maravillando á la vez la vista y el oído.

Fuera del período del celo viven los loros en sociedades ó bandadas muy numerosas; eligen su residencia en un sitio del bosque, y de allí parten todos los dias al emprender sus excursiones. Los individuos de una misma bandada permanecen fielmente unidos entre sí y comparten su buena ó mala suerte. Todos abandonan juntos por la mañana el sitio donde han pasado la noche; se posan sobre un árbol ó en un campo, á fin de comer los frutos; colocan centinelas para que vigilen por la seguridad de todos, y están atentos á sus advertencias. En caso de peligro emprenden la fuga, sosteniéndose mutuamente, y vuelven juntos al sitio acostumbrado: en una palabra, viven continuamente reunidos.

«A los primeros albores de la brillante aurora de los trópicos, dice el príncipe de Wied, pónense en movimiento los loros; secan sus alas humedecidas por el rocío; ejercítanse retozando: se llaman con sonoros gritos; hacen mil habilidades en los árboles, y emprenden despues su rápido vuelo para buscar la comida. Por la tarde vuelven todos puntualmente al lugar que les sirve de abrigo.»

Tschudi ha observado asimismo en el Perú las cotidianas excursiones de los loros: hasta los indígenas han dado el nombre de *jornalera* á una especie que baja regularmente todas las mañanas de la montaña para volver por la tarde.

Le Vaillant refiere que los loros del sudeste de Africa van en reducidas bandadas á buscar su alimento. Hacia el medio dia acostumbran á bañarse; durante las horas de mas calor se ocultan en el follaje de los árboles; dispérsanse de nuevo; se bañan una vez mas, y vuelven á pasar la noche al mismo sitio de donde salieron por la mañana.

El lugar de reposo no es siempre el mismo: unas veces eligen la copa de un árbol, otras la pared de alguna roca agrietada, ó bien un tronco hueco, que es lo que suelen preferir.

«La cotorra de la América del norte (*conurus carolinensis*), dice Audubon, se alberga en un árbol hueco ó en el nido de un gran pico, abandonado por este. A la hora del crepúsculo se pueden ver bandadas de estas aves, que se reúnen al rededor de los añosos sicómoros y de otros árboles huecos; agrúpanse á la entrada de la cavidad y penetran en ella una tras otra; si falta sitio, las que no han podido entrar se suspenden al rededor de la abertura con sus patas y su pico. Diríase al verlas que este órgano solo sostiene todo el peso del cuerpo; pero mirando con un anteojo de larga vista pude convencerme de lo contrario.»

En las selvas vírgenes y en las orillas del Nilo Azul, he sorprendido con frecuencia, durante la hora del crepúsculo, á los loros que penetraban en los troncos huecos de las adansonias. En las Indias, segun cuenta Layard, el paleornis de collar (*paleornis torquatus*) pasa la noche en las espesuras de bambúes. «Todos los loros, los grajos y los cuervos de varias millas á la redonda, se reúnen por la tarde en los bambúes, y despues de ponerse el sol, hasta que cierra la noche, y desde que brilla la aurora hasta la entrada del dia, percibe el oído del viajero el rumor producido por aquellas aves, semejante al que formarían numerosas máquinas de vapor. Algunas bandadas regresan tarde de sus excursiones, y entonces vuelan las aves rasando la tierra, y chocan á menudo contra los cuerpos sólidos que encuentran. Varias noches seguidas se hallaron loros muertos por haberse estrellado contra las paredes ú otros obstáculos.»

Layard traza una descripción muy animada de las costumbres de la cotorra de Alejandro, muy comun en Ceilan. «En Chilaw, dice, he visto á las cotorras posarse en los cocoteros del mercado, que les servian de refugio, y era tal su número, que sus gritos dominaban completamente á los de los vendedores. Me habian hablado de aquel espectáculo, y cierta tarde me puse en observacion en un puente de los alrededores para ver si podría calcular el número de las aves que llegaban por una sola parte. Hacia las cuatro aparecieron algunas bandadas dispersas que volvian á su retiro; despues llegaron otras cada vez mas numerosas, y al cabo de media hora pasaban de continuo, hasta el punto de ser imposible contar las bandadas. Elevábanse algunas en el aire por encima de los árboles, dejándose caer despues verticalmente; otras volaban rasando la tierra, de tal modo que me tocaban varias el rostro con sus alas; pasaban rápidas como el pensamiento, y brillaba su plumaje á los rayos del sol. Permanecí en mi puesto hasta que oscureció, y aun las oía pasar sin verme posible verlas en medio de las tinieblas. Disparé la escopeta y elevóse de pronto un sordo rumor, semejante al del viento muy fuerte; comenzaron á revolotear las cotorras, y lanzaron tales gritos, que no lo olvidaré jamás; su voz penetrante, su continuo aleteo, y el frotamiento de las hojas producian tanto ruido, que me dí por muy contento cuando me encontré en casa.»

Las copas de los espesos árboles son indispensables para los loros como lugar de reposo seguro; y mas bien buscan un buen escondite que un abrigo para preservarse de la intemperie; les gusta el calor, mas no temen el frio, ni menos la lluvia. «En medio de las terribles tempestades de los trópicos, dice el príncipe de Wied, que oscurecen á veces el cielo, se ve á los loros inmóviles, posados en las ramas mas altas, y dejando oír su alegre cacareo, mientras que el agua chorrea en sus alas. Podrían encontrar cerca un abrigo en el espeso follaje; pero parecen complacerse en recibir la cálida lluvia de la tempestad: cuando esta cesa, apresúranse, no obstante, á secar sus plumas.»

No sucede lo mismo cuando hace buen tiempo: entonces buscan el sitio mas sombrío del árbol para sustrarse á los ar-

dores del sol, ó acaso para ocultarse, como lo hacen, cuando les amenaza un peligro. Saben perfectamente que una espesa copa es el mejor escondite para los séres cuyo plumaje es del color del bosque, y que difícilmente se les puede ver allí. Se da el caso de que haya cincuenta loros en un árbol y no se divise ninguno, aunque se sepa que están en él.

Prescindiendo de esto, tambien recurren á la astucia, pues no quieren ser vistos: si uno de ellos divisa á cualquier enemigo á tiempo, da la señal de alarma y todos se callan al instante, retiranse al centro del follaje, trepan silenciosamente, y se dirigen del lado opuesto á aquel en que se oyó el ruido; emprenden entonces su vuelo, y no dejan oír su voz hasta que se hallan á unos cien pasos de distancia, cual si quisieran burlarse del importuno que los molestó. Esto es lo que hacen generalmente cuando se hallan en un árbol comiendo los frutos: durante sus excursiones de merodeo despliegan su astucia y prudencia en el mas alto grado.

Los loros comen principalmente frutas y granos: algunos, no obstante, apenas se alimentan mas que del néctar de las flores, del pólen, y acaso tambien de los insectos que habitan el cáliz de aquellas. A los aras y las cotorras le gustan mucho los retoños de los árboles y los botones de las flores, y ciertos cacatúas no desprecian tampoco las larvas de los insectos. Creo, por otra parte, que las grandes especies observan un régimen mucho mas animal de lo que se supone; veo una prueba de ello en la sed de sangre que experimentan ciertos loros, y tambien en la avidez con que reciben las carnes cuando están cautivos, si se les acostumbra á este régimen. Yo he tenido loros que se precipitaban sobre sus compañeros; abríanles el cráneo y sacaban el cerebro; mas no puedo decir si se lo comian ó no. Un loro al que se dejaba entrar y salir libremente, se complacia, segun me contó su propietario, en sorprender á los pajarillos apenas salian del nido; los mataba y desplumaba con mucha limpieza; comia una parte y tiraba despues los cadáveres. A decir verdad, aquel era un animal cautivo, acostumbrado por consiguiente á comer de todo; estos hechos aislados nada prueban contra la alimentacion casi exclusivamente vegetal de los loros.

Curioso espectáculo es ver á estos animales cuando van de merodeo y se dejan caer sobre un árbol frutal ó un campo. En tales circunstancias parecen verdaderamente unos monos alados; cada cual despliega suma astucia, y desde lejos acuden todos presurosos hácia el sitio donde se ve una buena presa. «Varios frutos que prefieren en particular, dice el príncipe de Wied, atraen á los tímidos aras á larga distancia del lindero del bosque.» Gould ha visto casi siempre á los periquitos de lengua de pincel en los eucaliptos, cuyas flores les ofrecen abundante alimento; jamás los ha encontrado en otros árboles.

Todas las grandes especies dan pruebas de ser muy prudentes cuando buscan la comida, haciéndolo así aunque se hallen en el bosque. «Los grandes araras de plumaje verde dorado, que habitan en los Andes, dice Pöppig, se precipitan en bandadas sobre las rojas eritrinas cuyas flores devoran; lanzan gritos atronadores; pero tienen la prudencia de callarse cuando quieren merodear en un campo de maíz. Cada individuo reprime entonces su deseo de chillar; solo se oyen algunos sordos murmullos, y la obra destructora sigue su curso rápidamente. El cazador y hasta el indio, furioso al ver sus cosechas destruidas, no pueden acercarse fácilmente á las ladronas aves, pues las de mas edad están de centinela en el árbol mas alto. A la primera señal que dan contesta un grito á media voz; á la segunda emprende el vuelo toda la bandada, lanzando agudos gritos, y se dirigen á otros sitios para continuar sus depredaciones.»

Schomburgk confirma en un todo este relato, y añade que

á menudo no se reconoce la presencia de semejante bandada de loros sino por la cubierta de los granos que al caer sobre las hojas producen un ruido fácil de oír desde lejos. Le Vaillant, que ha visto loros sorprendidos en medio de un festin por la presencia de un enemigo, dice lo siguiente: «Permanecieron inmóviles; no se oía nada, y sin embargo habia allí varios miles de loros reunidos. Sonó una detonacion, y al momento se remontó toda la bandada por los aires, produciendo un gran estrépito.»

En los sitios donde saben que nada tienen que temer del hombre, no sucede lo mismo. En la India, al decir de Jerdon, penetran en las ciudades, y se posan en los tejados de las casas, sin duda para dirigirse desde allí á los campos y jardines.

Los daños que ocasionan son inmensos, y justifican todas las medidas que se han adoptado contra los loros, pues nada está seguro en las localidades que frecuentan. «Los grandes araras, particularmente, dice el príncipe de Wied, abren, con su vigoroso pico los frutos y las nueces mas duras.» No obstante, saben contentarse lo mismo con un fruto jugoso que con un pequeño grano: las ranuras de la mandíbula superior les permiten cogerle, por liso y diminuto que sea; y tambien les sirve de mucho para ello su lengua movable. En un momento queda abierta la nuez, despojada la espiga y descubierto el grano; si no les basta el pico recurren á sus patas.

A semejanza de los monos, destruyen mucho mas de lo que comen: las bandadas innumerables que caen sobre los árboles ó los campos se atracan cuanto pueden, y no es tanto lo que se llevan para comérselo cómodamente, como lo que echan á perder. Al caer sobre un jardín registran cada árbol, prueban todos los frutos, tiran todos los que no les parecen bastante sabrosos y solo devoran aquellos que mas les convienen. De este modo despojan todo un árbol, comenzando por las ramas inferiores; y al llegar á la cima, lánzase sobre otro para repetir la misma operacion. En la América del norte y en Chile, deshojan los árboles antes de que maduren los frutos, á fin de saborear la leche que rodea el grano. Segun informes de Audubon, les gusta mucho el trigo amontonado en los campos; sacan con mucha limpieza el grano de la espiga y dejan esta y la paja para el campesino. Los unos prefieren cierto alimento, y los demás otro; pero por regla general, no hay fruto ni cosecha que no devoren; siendo esta la razon de la falta de buena armonia entre el hombre y estas aves.

Despues de tomar su alimento van los loros á beber y á bañarse; absorben mucho líquido, y hasta toman el agua salobre, segun dicen Audubon y Schomburgk. Acostumbran á bañarse en las charcas: Le-Vaillant refiere que lo hacen de tal modo, que las gotas de agua los rocian á manera de lluvia; y Audubon asegura que les gusta restregarse en la arena como hacen las gallinas, cubriéndose tambien las alas de polvo. Al efecto, se arrastran algunas veces hasta el nido de los grandes martines-pescadores; buscan las tierras impregnadas de sal; y esto explica porqué se encuentran siempre loros cerca de las corrientes saladas, en el interior de los bosques.

Estas aves se reproducen en la estacion que corresponde á la primavera de su patria, y en la que precede á la época de la madurez de los frutos. Parece que las grandes especies no ponen mas que una vez al año, y solo dos huevos: los platícercos de Australia y demás loros de larga cola forman excepcion á esta regla, pues ponen tres ó cuatro, y algunos hasta seis ó nueve huevos, dos ó tres veces al año, segun ha podido observarse en individuos cautivos. Los paleornis y los cacatúas ponen siempre mas de dos huevos, pero una

sola vez; los de los loros son redondeados, blancos y de cáscara lisa.

Los loros prefieren siempre fabricar su nido en el hueco de un árbol; algunas especies americanas se albergan en las grietas de las rocas; y las cotorras de la India, al decir de Jerdon, en los agujeros de las casas viejas, de las pagodas y de las tumbas. Los loros terrestres ponen sus huevos en la tierra desnuda. Audubon asegura que habitan el mismo nido varias hembras, lo cual me parece un error, pero de todos modos, lo cierto es que los loros que forman grandes bandadas anidan unos junto á otros. Molina habló ya de semejantes reuniones, observadas por él en Chile, y Pöppig da de ellas una descripcion muy completa. «Este espectáculo, dice, sorprenderá seguramente á todo el que le vea por primera vez. Avanza el viajero con gran trabajo hasta la pared vertical de una roca y se cree completamente aislado; á su alrededor reina ese silencio que en las zonas tropicales de América indica la hora del medio día; óyese, no obstante, por todos lados una especie de murmullo; pero por mas que se mira, no se ve de dónde procede. De pronto resuena el grito de alarma de un loro; repitese luego, y en un instante se ve rodeado el viajero de nubes de pájaros, que en compactos círculos vuelan á su alrededor, cual si quisieran caer sobre él.

»Por todas las grietas de la roca asoman cabezas de loros, y los que no huyen indican con sus gritos que participan de la emocion general. Cada abertura es la entrada de un nido formado por el ave en las capas de marga que separan las masas roquizas; á veces se cuentan centenares de ellas; pero siempre situadas fuera del alcance de todo carnicero.» En los bosques no se encuentran semejantes asociaciones, porque allí es mucho mas difícil hallar condiciones favorables para la nidificacion comun. Los loros buscan, sobre todo, los grandes árboles, cuyos troncos ó ramas presentan huecos en varios sitios.

En Africa anidan con preferencia en las adansonias, y en los agujeros mas bien que en el ramaje, cuando el árbol está fuera del bosque. En las estepas del Kordofahn, vi yo una arboleda aislada de adansonias, y aunque desprovistas de sus hojas, habíase domiciliado allí una colonia de loros, los cuales no hubieran elegido seguramente aquel punto si los árboles no hubiesen estado huecos.

Cuando los loros no encuentran para su nido un árbol preparado, sea por un diestro pico, ó por una feliz casualidad, deben arreglarlo por sí, en cuyo caso se ve cómo saben utilizar su pico. El macho y la hembra, en especial esta última, practican un agujero en la corteza; suspéndense del tronco con su acerado órgano, royendo mas bien que cortando, y levantan fibra por fibra hasta formar la abertura. Ciertamente necesitan para esto algunas semanas; pero á fuerza de constancia consiguen su objeto. Practicado el agujero, queda hecho lo principal: algunas ramitas ó astillas bastan para cubrir el fondo, pues el loro se contenta con un nido muy imperfecto. «En el blanco tronco de una palmera iremis, dice Pöppig, vi una brillante cola de plumas de color azul celeste; era un ara amarillo, que se ocupaba en ensanchar con su pico un nido del pájaro de este nombre; y en él ponía sus huevos, aunque no le era posible introducir la cola.»

Si no intervienen circunstancias inesperadas, la pareja vuelve todos los años al mismo nido. Entre los antiguos mexicanos que traficaban con plumas de loro, los árboles en que estas aves tenían sus nidos eran, segun Hernandez, propiedad particular, y pasaban siempre de padre á hijo. Los loros hacen poco aprecio de la comodidad de su nido; á muchos les basta el fondo desnudo y casi putrefacto de los huecos de árboles, y otros se limitan á cubrirle con algunos filamentos

de madera. Sin embargo, tambien hay excepciones: los loros enanos, segun he observado en cautivos, tapizan el hueco de su nido con filamentos muy finos de madera ó de paja, y algunas especies de cotorras de cola plana hacen un lecho con yerba y plumas.

Macho y hembra suelen cubrir los huevos alternativamente.

Entre las pequeñas especies, como por ejemplo, la cotorra ondulada, la hembra cubre los huevos por espacio de diez y seis y diez y ocho días; otros loros emplean diez y nueve, veintitres ó veinticinco: no se sabe cuánto tiempo dura la incubacion para los aras.

Los polluelos salen muy imperfectos; pero se desarrollan rápidamente: aunque no los cubre al principio mas que un escaso plumon, salen á los cinco ó seis días las primeras plumas, y abren los ojos á los ocho ó diez. Las pequeñas cotorras onduladas abandonan su nido por vez primera á los treinta y tres días, y dos despues vuelan por los alrededores.

Es de notar que algunos loros pequeños presentan en el pico prolongaciones en forma de dientes, las cuales desaparecen mas tarde; caen y son reemplazadas por masas cartilaginosas. Créese que estos dientes son las extremidades, cubiertas de papilas córneas, de vasos y nervios que favorecen y regularizan el crecimiento del pico.

El padre y la madre alimentan á sus hijuelos hasta algun tiempo despues de abandonar el nido; humedecen en su buche los granos destinados para ellos y se los introducen en el pico. Schomburgk ha observado un par de loros que anidaban cerca de su campamento y ha visto que los hijuelos no recibían su comida mas que dos veces diarias; una á las once de la mañana y otra á las cinco de la tarde. «Cuando llegaban los padres, dice, posábanse sobre una rama cerca de su agujero, y si veían que se les observaba, permanecían inmóviles, esperando una ocasion para desaparecer en el nido sin ser observados.»

Los padres prodigan los mayores cuidados á su progenie: en caso de peligro la defienden con tanto valor como abnegacion; y si están cautivos no permiten que se acerque ni aun el amo, por mucho que le conozcan y amen.

Ciertos loros adoptan á los pequeños abandonados y los tratan con el mismo cariño, aunque no pertenezcan á su especie. «El cirujano del buque *Triton*, con quien hice la travesía de Nueva Holanda á Inglaterra, refiere Cunningham, poseía dos loros, uno de los cuales era demasiado pequeño para poder alimentarse por sí mismo. El de mas edad, un loro azul, se encargó de cuidarle, y lo hizo con la mayor ternura. La amistad de las dos aves pareció estrecharse con el tiempo; pasaban todo el día acariciándose; el mas viejo enlazaba tiernamente al otro con sus alas; hasta tal punto llegaron á ser ruidosas las pruebas que se daban de su afecto, que se resolvió separarlos para que no tuviesen motivo de queja los pasajeros. El mas joven fué trasladado á mi camarote, donde habia otras varias aves; pero al cabo de dos meses consiguió escaparse el loro azul, y guiado por la voz de su ahijado, penetró en mi cámara y se cogió á la jaula. Entonces volvimos á reunir á los dos amigos, mas á los quince días murió el mas joven, por un accidente imprevisto: el otro se entristeció, no se oyó mas su voz y poco despues dejó de existir.»

Se conocen otros ejemplos análogos. El que tiene muchos loros observará mas ó menos tarde semejantes rasgos de nobleza y caridad. Una cotorra de la Carolina, expuesta por Buxton, padeció de tal modo en el riguroso invierno de 1860, á consecuencia de las heladas, que perdió ambas piernas. Un loro del Amazonas se compadeció de la pobre ave, colocóse á su lado, limpióle las plumas, y defendióla contra los ataques de otros loros que amenazaban matarla, como así lo